SARA DE IBÁÑEZ • CANTO A MONTEVIDEO • 1941

SARA DE IBÁÑEZ

CANTO A MONTEVIDEO



Dibujo de Carmelo de Arzadun

COMISION MUNICIPAL DE CULTURA
MONTEVIDEO - URUGUAY
1941

CANTO A MONTEVIDEO

OBRAS DE SARA DE IBÁÑEZ

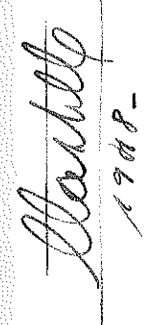
"CANTO". — Editorial Losada. — Buenos Aires. — 1940.

"HORA CIEGA".— Poesías.— (En preparación).

SARA DE IBÁÑEZ

CANTO A MONTEVIDEO

(Poema laureado con el Premio Único en el Concurso instituído por la Comisión Municipal de Cultura de Montevideo, para celebrar el Centenario del Certamen Poético del 25 de Mayo de 1841).



INTENDENCIA MUNICIPAL DE MONTEVIDEO
COMISIÓN DE CULTURA
MONTEVIDEO - URUGUAY
1941

CANTO A MONTEVIDEO

I

SIGUIENDO los temblores de un pájaro en el viento
dormían con el pecho cerrado las colinas,
firme bajo la hierba su oscuro movimiento.

Entre tiernos arroyos y fragancias marinas,
las nubes vegetales alzaban guerreando
venas de fresco azúcar y saladas espinas.

El océano entraba por el este cantando.
Su lengua de algas frías y duros caracoles
en las blancas orillas reposaba temblando.

Y los ardientes limos quemados por los soles
del Río de los Pájaros, flechas de llama lenta,
estremecida tierra de verdes tornasoles,

abriendo del estuario la garganta violenta,
nublaban los metales del Atlántico duro,
sus claros ademanes de invasora tormenta.

Aquí estaba creciendo el secreto futuro,
la raíz de tus huesos, ciudad de hierba y canto,
fina estrella de sílice y jazmín inseguro.

Te cruzaban los hombres sin sonrisa y sin llanto,
puros como las bestias que el cielo custodiaba.
Medían tus perfiles sus ojos sin espanto.

El amargo charrúa tus sienes calentaba
y la arisca inocencia de su sangre extinguida
con la más ardua rosa tu corazón fundaba.

Suya y de las gaviotas, de la nutria pulida,
de las doradas liebres y las finas torcaces,
con águilas y pumas secretos compartida,

fué la tierra en que te alzas. Y los cielos fugaces,
y la lluvia que henchía las pitangas sabrosas
y mojaba las dulces raíces montaraces;

la brisa que meneaba las ramas olorosas,
la sombra de los montes cortada sobre el río,
y la sed de los pájaros, sus lenguas jubilosas;

las escamas brillantes temblando en el rocío,
los talas y los molles, los ásperos juncales,
los torvos espinillos y el sarandí sombrío;

Los cactos agresivos, los turbados panales,
la roca sometida con dolor, las hogueras
y el olor de la tierra llena de manantiales,

suyos fueron; sus brasas, sus raíces guerreras
salen para ceñirte la afelpada cintura
con ojos de amapola ocultos en las eras.

Su aliento sepultado los maizales madura
y sube, por tus muros, la ceniza bravía
que fué piel en sus pechos vírgenes de armadura.

El hijo de tu ausencia desnudo combatía
y entraba humildemente al polvo repentino,
con un pájaro abierto sobre su frente fría.

Del Paraná-Guazú la blanca espada vino.
Su inmaculada espuma quebró la carabela:
como herida de tigre fué su primer camino.

Abrasaba sus lomos la sombra de la vela,
tendida sobre finos cardúmenes de acero
que cruzaban sus rayos con la invasora estela.

El Paraná-Guazú gemía prisionero
mirando las canoas que sus aguas mimaban
encogerse en las llamas del arenal costero.

En aquel Monte Vide tus cimientos volaban.
Bajaste de los aires como nube o paloma
a encerrarte en las verdes palmas que te esperaban.

Tu cerro niño, arisco, Solís con preces doma
y la sangre de España bautiza tus gramillas.
Huellas de pie calzado hienden su duro aroma.

Ya frente a frente luchan dos rosas sin rodillas,
dos leones que mezclan uñas, alientos, venas,
dos ríos combatientes que mojan tus semillas,

dos brazos que no saben calentar las cadenas,
dos centellas de sangre que se anulan el fuego,
dos vivos remolinos abriendo tus arenas.

El español traía envainado en un ruego
el filo de su espada, su hambre conquistadora
y el rostro de su dios sobre su pecho ciego.

Y el indio defendía su nube voladora,
sus peces, sus ñandúes, sus sauzales dormidos,
las difíciles mieles de su sierra sonora.

Habías de nacer con los dientes crecidos,
como un ángel mestizo de jaguar y de espuma
que se mira bramando los costados heridos

y sumerge las hierbas sin que se le consuma
la corriente bravía que en los huesos le crece
y le llena la boca con encendida bruma.

Sobre la blanca frente de Zabala amanece
tu pequeño relámpago, cachorro combatido.
Ubre de leche amarga tu quijada endurece.

Siete hogares alumbran tu pan recién nacido.
En tus muros de barro, la libertad alzada.
Clavado en cada puerta, su escudo amanecido.

Creciste resistiendo a la mano enguantada.
Sus caricias pesaban en tus hombros pujantes
y apenas pudo ser su curva gobernada.

Era tu sangre joven, herencia de gigantes:
adulta como el mar y la pampa naciste
sacudiéndote el beso y las sedas fragantes.

De tu orgullosa madre las voces desoíste:
en tus mismas entrañas trazaste las fronteras
y el rostro amenazado pero libre volviste
para mostrar al cielo tus flamantes banderas.

II

Cuando el águila inglesa cayó sobre tu hermana,
del fondo de tus piedras subió el temblor guerrero.
Saltaron tus arterias, pumas de la mañana.

Buenos Aires vestía pabellón extranjero.
Su perfume insolente, latigazo escondido,
venía entre las plumas alegres del pampero.

Abriste al campo suave el pecho sacudido
y la ardiente columna de tu estirpe azuzada,
aturdió la llanura, cruzó el Plata ofendido

y alzó el clavel oculto de la sangre ultrajada.
Era tu misma herida fluyendo al otro lado,
tu libre corazón, tu estrella maculada.

De España vino el premio, laurel equivocado:
la Reconquistadora, luchando por España,
plantó para sus hijos el olivo sagrado.

Abrió sus ricas venas por la corona extraña,
pero el materno idioma que endulzara su boca
en alma y carne libres pregonaba la hazaña.

El encendido abrazo los pechos nuevos toca
y entre las dos murallas de perfiles crecientes
cruzan delgadas lianas de sensitiva roca.

Cruzan lirios, palomas, voladores relentes,
y en las nubes que mezclan los cielos distraídos
sutiles amarantos hacen secretos puentes.

Las águilas tenaces vendrán a hacer sus nidos
en tu desnuda frente, oh Reconquistadora,
vendrán a devorarte los laureles floridos.

Pero ya estás tranquila preparando tu hora.
Un júbilo de hermanos empuñará la espada.
Al mar caerá la vieja larva que te devora
y estará tu sonrisa custodiando la entrada.

III

No estaban los laureles que hoy te cubren el pecho
tan cerca de tus manos, libres y vigiladas:
sus troncos no crecían en tu recinto estrecho.

No estaban en las brisas del norte perfumadas
por el largo Amazonas con que el Brasil reía
ni en las calientes selvas de savias clausuradas.

No estaban en la niebla que sube con el día
ni en la espuma que lame tu planta marinera,
ni en la nube del sur que tu garganta enfría.

Tuviste que buscarlos entre la zarza fiera,
quebrar tu joven carne de nuevo en cada hora,
restablecer tu sangre con cada primavera.

Los hijos te manaban de la voz vencedora.
Ellos te coronaron. Su miel lavó tu herida
y vieron por tus ojos derramarse la aurora.

Fuera de tu rebelde muralla sometida,
Artigas, el más claro de tus limpios varones,
en el Cerrito vela sobre tu estrella hundida.

Las orillas del Plata juntan sus malecones,
pero arden todavía tus llamas ascendientes
y queman tus entrañas sus míseros ciclones.

Con abrasados huesos tus hijos obedientes
recogen sus hogares, avientan las cenizas,
rompen sus ligaduras con manos y con dientes.

No quieren compartirte. Buscan las arduas lizas.
Renuncian a tu seno manchado y dividido
y levantan llorando tu corona hecha trizas.

Hasta el Ayuí lejano se extendió tu latido.
Sobre las sierras ácidas y los campos de seda
tus rumorosas venas hicieron cauce ardido.

Pero tú no quedabas como el tronco se queda
cuando las llamas alzan enjambres de claveles
y hacen girar al viento su melodiosa rueda.

Tu fuego desprendido marchó en los huesos fieles.
Fueron a talar bosques y a devorar el viento
para volver a darte tu ración de laureles.

Volvían a acercarte el abrazo violento
y a arrancar de tu frente la llaga lusitana,
los podridos jardines que empañaban tu aliento.

Varones de agua dura, sílex de la mañana
para hacerles el pecho los ángeles labraron.
Savias del aire indio y la arruga serrana

y la sal transmarina en sus frentes sumaron.
Sus frentes más porfiadas que los mares y el trigo,
los palpitantes límites de tus muros trazaron.

Cuando escupió Posadas su escorpión enemigo
sobre tu claro Artigas, consumido de amarte,
salieron tus raíces a reclamar castigo.

Fué tu amiga, tu hermana, forzada a traicionarte,
a olvidar el comercio de pájaros y brisas
y ahogar la jubilosa costumbre de abrazarte.

Hendió el pie de la guerra las lenguas insumisas.
Desangraron las nubes sus tibios palomares.
Secas dalias de humo cubrieron las sonrisas.

Se te llenó la boca de cuchillos polares,
blanca Montevideo reclinada en tu espino,
escuchando en Guayabos calandrias ejemplares,
mojadas sus gargantas en el más hondo vino.

IV

El Ibirapitá sombrea su cabeza.
El gran guerrero mira sus arrugadas manos
donde la muerte tímida a sonreir empieza.

Abriendo el fuego verde de los campos hermanos
—yerba mate y naranjos hacen bailar al viento—
el blanco labrador acaricia los granos.

Pero no está dormido ni quebrado su aliento:
pesa sobre sus hombros un Uruguay de bruma
y un ciego urutaú le sostiene el lamento.

Arde, Montevideo, tu fresquísima espuma.
Su rosa delirante mueve el pecho de Artigas:
el viejo león te lleva como la herida suma.

Sus garras embotaron escarchas enemigas.
No quiso entrar vencido por tus sagradas puertas.
Mas con antiguas mieles su corazón hostigas.

No golpearán tus muros sus marchitos alertas
y sólo desde el bronce, devuelto a tu mirada,
te mirarán de nuevo sus pupilas abiertas.

Mientras el lusitano pisa tu rota espada,
el viejo león suspira con el rostro hacia el este.
La brisa que le toca tiene la voz salada.

Le ciñe los recuerdos tu cinturón agreste.
El ángel de cien alas ni una pluma menea:
al pie de tus murallas dejó su oro celeste.

Y más que los oscuros dientes de la pelea
su torso mutilaron enconadas raposas:
el odio las alzaba en fúnebre marea.

Sueña el héroe mirando sus manos laboriosas.
Debajo de tus piedras sus palabras respiran.
Su corazón lejano calienta tus baldosas.

Porque no te mancharan los ojos que te miran,
mientras tus hijos yacen madurando tu lumbre
y las delgadas zarpas en el silencio estiran,

porque no te alcanzasen, paloma de la cumbre,
y en tus jóvenes alas de acero enardecido
no clavara sus sales la roedora herrumbre,

porque tu poderoso esqueleto encendido
levantase la carne de las águilas duras,
el limpio torso libre, ni ofensor ni ofendido:

el Uruguay bebió con floridas llanuras
la tierna hidrografía comenzada en las venas
y disparada al aire entre las hierbas puras.

Mueve Artigas, temblando, espectrales cadenas:
Arapey, Carumbé, Tacuarembó le duelen.
En sus nieblas lejanas, entornadas apenas,

Las Piedras, el Cerrito, Santa María, huelen
a laurel fresco, a río con peces y abundancia,
a semillas lanzadas al sol para que vuelen.

Las narices abiertas recogen su fragancia.
Entre guitarras tristes que adelgaza la pena,
magras manos se cruzan jurando a la distancia.

Tu semilla briosa no cayó en tierra ajena:
mojada con el llanto que no da flor, palpita.
No destruyó su germen la brasa de la arena.

La acrecientan los zumos de la sombra en que habita.
Viejo león exilado, verás desde tu cielo
subir el firme tallo de tu flor infinita.

Tu herencia se derrama secreta por el suelo:
es caballo en el viento, es lluvia, es hierba, es río.
Hasta en las ciegas losas resucita tu celo.

De treinta y tres gargantas brotará el desafío.
Treinta y tres nervios de oro tendrá, Montevideo,
la espada que te ciñan los hijos de tu brío.

Tiemblan las pardas piedras del ancho mausoleo.
Tus cachorros dormidos saldrán para mirarte,
para estrenar contigo la luz del jubileo.

Sobre tus cicatrices caerán para besarte.
Tus hijos, desertores del filo que te siega,
con treinta y tres luceros vienen a coronarte.

En los muros hermanos comenzará la brega.
Lejos de los umbrales que su planta ha pulido
tus varones de ajenjo bruñen la rosa ciega

que estallará en tu cielo con bronce y alarido,
y alzará de los campos la desnuda osamenta
y el verde corazón del soldado perdido.

No están solos haciendo la divina tormenta.
Sobre sus firmes huellas vendrá el fraterno rayo
que las débiles tablas de sus naves calienta.

Abre sus corazones el águila de Mayo.
Pronto atará la sangre las gemelas semillas
y saldrán los olivos de su turbio desmayo.

La arena de Agraciada les besa las rodillas:
treinta y tres marineros dejan el agua oscura
y acarician temblando las desnudas orillas.

Ríos y gavilanes les mueven la cintura.
A sus espaldas llevan el pampero despierto.
Sus caballos apenas castigan la llanura.

Van dejando en el aire un gran panal abierto.
Zumba el alba que sale de tu blanco recinto
y un cardenal de espuma canta en el mar desierto.

De las frentes que labran la piedra de tu plinto,
suben los girasoles, las secretas banderas
y los trigos que alargan su llama de jacinto.

Escuchan las raíces del cielo y las praderas
el galope que acerca la cumbre de tu día,
la llave enamorada que abrirá tus fronteras.

La delgada columna que la mañana estría
con sus largos caballos de crines estiradas,
acrece a cada instante su mancha y su alegría.

Desde el Cerrito miran tus murallas cerradas,
ya colmena, tus bravos, ya ejército florido
saliendo de las piedras con las manos armadas.

Sitiada por tu sangre, su río estremecido
todo fuera de ti, de tu reseca entraña
comida por el fuego del norte endurecido.

Desde tus torreones mana la muerte extraña.
Vuela desde tu seno la ciega mariposa
que acostará a tu hijo en la áspera campaña.

Lavalleja a los lobos que te nublan acosa:
les clava en los hocicos relámpagos y avispas;
no duerme su deseo ni su acero reposa.

Postrada en tu sediento amanecer te crispas
mientras las avanzadas de la tierna centella
en los pies de tus muros pone un ramo de chispas
y recobra inundándote la rosa de su huella.

V

CIUDAD de las espinas, matriz de las palomas,
para que te encontrasen fieras y querubines
los vientos dividían tus profundos aromas.

Apenas extinguido tu canto de maitines,
sobre lutos marchitos tu fresco pie reposa,
jadeantes todavía tu espada y tus clarines.

Libre y abierta estabas. Tu cintura graciosa
ensanchaba el materno ejercicio del grano.
Multiplicaba el hijo tu sangre victoriosa.

Venían del antiguo continente lejano
a engrosar tus arterias deslumbrados varones.
Cruzaba por tus puertas un sueño sobrehumano.

Ya no herían tu Plata los fieros galeones:
naves arrodilladas besaban tu bahía.
Medraba tu futuro bajo sus pabellones.

Por el amor quebrada tu muralla se abría
y paseabas los ojos por los nuevos hogares
como corza que mira su delicada cría.

Entibiaron tu noche los extraños cantares.
Melancólicas voces y gargantas felices
mezclaban a tus piedras nervios crepusculares.

Las semillas aéreas rasgaban sus matrices.
Los hombres empezaban a paladear el cielo
sobre tus enterradas estrellas infelices.

Cuando te levantaba recién templado vuelo
y los huesos del cóndor y un temblor de zorzales
hacían en tus alas ardiente paralelo:

Ciudad de los quebrantos, ejemplo de panales,
tu llaga sin descanso reverdeció mordiendo
con dura boca hermana tus espaldas frutales.

De la Argentina llegan las palomas gimiendo.
El viento de las pampas trae manchadas flechillas
y por los litorales van los peces huyendo.

De nuevo le han quebrado las jóvenes rodillas.
Atan sus verdes miembros reptiles embozados
y sepultan su lengua venenosas arcillas.

De tu agraviada hermana los hijos exilados
encendían tus tiernas lámparas con la frente,
entre tus propios huesos sus tesoros guardados.

No cerraste tus puertas a la dulce corriente.
Reconociste el llanto, la voz, los ademanes
y el pecho de tus hombres, desnudo y transparente.

Compartieron contigo las rosas y los panes,
mientras soltaba el aire contra la ciudadela
cenicientos venablos y sigilosos canes.

Bajo el humo y la escoria tu luz sin sueño vela.
Para cantar se juntan los rebeldes hermanos
y una gran mariposa de sus gargantas vuela.

Mármol, Alberdi, Mitre entrelazan sus manos
con las que te cultivan los sagrados jardines
y custodian alertas tus óleos soberanos.

Mientras las recias naves ahuyentan los delfines
y fatigan tus aguas con tercos desafíos
sin que una sola brizna de laurel les inclines,

dentro de tus murallas los celestiales píos
del verso te alimentan la sonrisa menguada
y alejan de tu carne los subterráneos fríos.

La fiesta rumorea por las calles, volcada
como un arroyo vivo de calandrias mecidas
que quisiera borrarte la tiniebla emboscada.

Gutiérrez se pasea con las sienes ceñidas.
Su flecha fué más alto. Se callan los cañones
y el viento le derrama las palabras ungidas.

Sabes premiar lo mismo tus sabiás que tus leones
y junto a tus calientes trofeos de guerrera
escuchas el delgado rumor de las canciones,
mientras un doble sol ilumina tu espera.

VI

SOBRE la amordazada antorcha Rosas vela.
Un águila de sangre crece bajo su planta
y de su seca mano larga ceniza vuela.

Jaguaretés y potros de encendida garganta
doman sus fríos ojos donde el cielo se llora.
Detiene con un gesto la luz que se adelanta.

De Buenos Aires viene la llama turbadora
y es tu sangre, tu sangre quien la empuja y dirige:
y quema tus costados su desmedrada aurora.

Por el norte la zarpa brasileña te aflige.
Te sienten fácil presa los sombríos aliados.
Mas tu tranquilo rostro sus audacias corrige.

Castigan los inviernos tus músculos sitiados,
adelgazan tu pan, tus hogares enfrían,
mientras suelda el orgullo tus dientes apretados.

Ni el hambre ni el asedio ni los años varían
tu gesto anclado, arcángel de la desobediencia.
Debajo de la tierra, aun tus hijos confían.

Has cerrado los puños para la penitencia:
ni mordedura sientes ni bramido te espanta.
Ofusca al enemigo tu sacra resistencia.

Del campo, dividida, tu carne se levanta,
Troya del Nuevo Mundo, caracol clausurado
fijo entre las colinas y el Dulce Mar que canta.

Por donde vino el fuego que secó tu costado
tenían que llegarte las vanguardias del trigo
y alzar hasta la fiesta tu corazón postrado.

Toda fibra del cielo, toda luz fué testigo:
del lado en que soplaba la muerte vino el día.
Tu misma herida abría los labios de tu amigo.

No mintieron los ojos; la mano no mentía
cuando apretó su dalia a tu clarín florido
y condujo tu espada caliente de alegría.

Cortado fué el tirano como miembro podrido
y arrojado a los mares por no manchar la tierra
que ni vivo ni muerto hubiese merecido.

Sobre la roja estela de su navío cierra
para siempre el Atlántico su melodioso muro.
Secos, vuelan los agrios corales de la guerra
y recomienza el alba un abrazo maduro.

VII

DESDE todos sus campos el Uruguay te inclina
perezosos senderos, lazos enternecidos
que atan a tu cintura el valle y la colina.

Llegan a acariciarte los varones curtidos
que se arrugan colmando tus crecientes graneros
y te acercan fragancias de maizales y nidos.

Llegan a proveerte los rudos caballeros
sobre las bestias húmedas de sudor y relente
que traen en los ojos los últimos luceros.

Los rubios bueyes tumban la cabeza paciente
sobre la rumorosa Plaza de las Carretas,
donde el trigo pregona su promesa caliente.

Mojan los anchos cascos frescos zumos violetas
de tallos macerados sobre la tierra dura,
con el primer rumor de las brisas inquietas.

Aquí viene a volcarse la cosecha segura:
las verdes hortalizas que ilumina el rocío,
el espumoso aroma de la avena madura.

Hormiguean los frentes del chato caserío.
Los ponchos hacen alas en los hombros cuadrados
y gira en las espuelas un gran lucero frío
que ilumina los pies de los gauchos callados.

VIII

CLARA Montevideo de las blancas orillas.
Camoatí de salobres cortezas construído
sobre la mansedumbre de borradas cuchillas.

Desde la ciudadela de corazón hundido,
te veo entre tus rosas de agua viva extenderte
y empujar la campaña con borde estremecido.

Hendía el fratricida los cauces de la muerte.
Tu amor entre dos bandos despedazado andaba,
y sus dos odios eran juntos para vencerte.

Hacia un lado tu brazo maternal se inclinaba,
pero el rayo que mueve tus viejas sensitivas
hacia los otros hijos el pecho te volcaba.

Apresaste el secreto de tus flores esquivas.
Te recobraste irguiéndote con tus mirtos agudos
al entrar en las mansas batallas decisivas.

Madre de dulces pumas y zorzales ceñudos:
tuviste que arrancarte las raíces mordientes,
tocar la sal y el viento con los nervios desnudos

para hacer de tus hombres las voladoras frentes,
las libres lenguas sanas, los fuegos creadores:
Zorrilla, que anudara las herencias latientes,

Delmira y María Eugenia, de amargos resplandores,
el pálido Florencio, aceite de sus dramas,
y Rodó, meditando desde sus miradores.

Julio en su estremecida Torre de Panoramas
te llena el aire de ángeles, de enloquecidos nardos:
en su luz de violines todavía te inflamas.

Creces por todas partes como el mar y los cardos;
como los guayacanes en tus flores te anegas:
sus blancos estallidos mueven tus muros pardos.

No gimes, no te encoges, no lamentas, no ruegas.
Te gobierna cantando la santa democracia.
Miras extrañamente tus antiguas entregas.

Te adelantas segura. Es contigo la gracia
y la sabiduría, y sobre toda cosa
la libertad te libra de pecado y desgracia.

Salen de tus escuelas ejércitos de rosa.
Fábricas, Facultades, rumorosos mercados
te pueblan y te cruzan de fatiga dichosa.

El Cerro pequeñito se llena de cuidados;
el delantal le visten manos trabajadoras
y mira con sonrisa de bienaventurados
en sus limpios obreros, estrellas trepadoras.

IX

Hoy que avergüenza al mar la sangre derramada
y se doblan los trigos, los manzanos, las sienes,
y un gran rumor de muerte pone la luz morada,

canta, premio de América, que la antorcha sostienes.
Cierra, Montevideo, contra la sombra el puño.
En tu laurel avanza, cuida tus sacros bienes.

Llega un aire fantasma bramando a tu terruño.
No te quedes dormida sobre tu alta bandera:
con nuevo corazón lustra el antiguo cuño.

Ponle una flor de ceibo a tu espada guerrera.
Golpéate la sangre, busca tus viejas voces,
los blancos curupíes y la desnuda hoguera.

Mira que ya te sitian los lamentos veloces
que vienen por los pobres océanos armados
a segar tu alegría con tristísimas hoces.

Mírate las entrañas y los brazos confiados.
Asómate a las dulces llanuras orientales.
Salva el surco y las trojes y los finos ganados.

Asegura la marcha de tus fuegos finales.
Subleva tus gorriones, tus arenas, tus nieblas,
y aguarda sosteniendo tus riberas fluviales
que el pecho se te seque parando las tinieblas.

Montevideo, mayo 22|24 de 1941.

CERTAMEN POÉTICO "CANTO A MONTEVIDEO"

DICTAMEN DEL JURADO

Vistas y estudiadas con la detención del caso las cincuenta obras poéticas presentadas al Concurso "Canto a Montevideo", el Jurado cree justo declarar su satisfacción por la cantidad y calidad de los trabajos cuyo análisis constituyó un elevado ejercicio y cuya competencia se ha visto encuadrada, en todos los casos, en auténticos marcos de seriedad y de elevación espiritual.

En ese sentido, el Jurado felicita a los autores por la labor cumplida y a la Comisión Municipal de Cultura por el homenaje que tal labor le configura.

Después de selecciones parciales y del consciente estudio de los más destacados trabajos, el Jurado resuelve por unanimidad de votos, consagrar el poema presentado bajo el lema "Caicobé", como el que reúne más valores para merecer el premio único instituído.

Cree el Jurado una obligación moral y solidaria nacida del acuerdo total de opiniones, el consignar el placer que ha sentido al poder señalar una obra de tan altas calidades que, ya sea en su contenido lírico de acendrado sentido moderno, como en su configuración rítmica austera y sabia, llena a su juicio las más severas exigencias del Concurso.

Cúmplele al Jurado agregar que, abierto el sobre de identidad correspondiente al lema "Caicobé", resultó autora de la composición premiada la Sra. Sara de Ibáñez a quien extiende sus congratulaciones.

En Montevideo, a los veintiséis días del mes de mayo de mil novecientos cuarenta y uno.

Emilio Frugoni.

Emilio Oribe.

Orestes Baroffio.

Cipriano S. Vitureira.
Secretario de Actas.

CONCURSO LITERARIO
ORGANIZADO POR LA
COMISIÓN MUNICIPAL DE CULTURA

El 25 de mayo de 1941 se cumplirá el primer centenario del CERTAMEN POETICO, celebrado en Montevideo el 25 de mayo de 1841.

La trascendental importancia literaria que, a través del tiempo, asume aquella magnífica expresión intelectual del Montevideo antiguo, no puede pasar sin que se la recuerde y se la exalte. La Comisión Municipal de Cultura, contando con el beneplácito de la Intendencia Municipal y de la Junta Departamental, ha resuelto celebrar dicho acontecimiento con la realización de un torneo literario que, al evocar el Certamen Poético de 1841 —que marca una fecha en la evolución literaria rioplatense— sirva de ocasión y motivo para exaltar a la ciudad que fué digna sede de aquel brillante acontecimiento en que triunfaron poetas argentinos.

Por tales razones la Comisión Municipal de Cultura convoca a los poetas uruguayos y a los poetas extranjeros, residentes en el Uruguay, para presentar un CANTO A MONTEVIDEO, en ocasión de celebrarse el primer centenario del Certamen Poético de 1841, con sujeción a las siguientes

BASES

El CANTO A MONTEVIDEO exaltará a la ciudad en su progreso y engrandecimiento material e intelectual y hará especial mención de su pasado histórico, de su tradición de libertad y de su importancia en el desenvolvimiento literario rioplatense.

Los poetas deberán abstenerse de formular consideraciones que puedan constituir un agravio para cualquier nación extranjera.

El número de versos no podrá exceder de quinientos y la forma poética del CANTO A MONTEVIDEO queda a entera libertad de los opositores.

Las composiciones deberán ser inéditas, estar escritas a máquina, en cuatro copias, y ser enviadas o entregadas a la

COMISION MUNICIPAL DE CULTURA
Subte: Avenida 18 de Julio y Agraciada

con el rótulo "Primer Centenario del Certamen Poético", en sobre cerrado y lacrado, dentro del cual, también en sobre cerrado y lacrado, el autor incluirá el nombre que corresponda al pseudónimo, que deberá estar inserto en la parte exterior del sobre que guarde las copias del canto y el nombre del poeta.

La presentación de las composiciones podrá ser hecha hasta el día 24 de mayo a la hora 12. Serán aceptadas las composiciones que lleguen por correo, del Interior o del Exterior, hasta la hora 18 del mismo día.

El jurado será designado por la Comisión M. de Cultura, cinco días antes del cierre del plazo de admisión.

El veredicto del Jurado deberá ser comunicado al poeta triunfante, antes de la hora 12 del 25 de mayo, y será hecho público en el acto solemne con que será conmemorado el Primer Centenario del Certamen Poético de 1841.

El poeta premiado leerá la composición, en dicho acto, y, en caso de imposibilidad, la Comisión Municipal de Cultura determinará la persona que realizará la lectura.

Establécese un único premio consistente en: a) una MEDALLA DE ORO, que lucirá en su anverso el escudo municipal de la ciudad de Montevideo y en su reverso las inscripciones: INTENDENCIA MUNICIPAL. COMISION MUNICIPAL DE CULTURA. PREMIO AL CANTO A MONTEVIDEO. CERTAMEN POETICO. 1841-25 de Mayo-1941. MONTEVIDEO; y b) doscientos pesos moneda nacional.

Las composiciones no premiadas quedarán a disposición de quienes, bajo recibo, las hubieren entregado en la sede de la Comisión Municipal de Cultura, hasta el 15 de junio de 1941, y pasada esta fecha serán quemadas, juntamente con los sobres con que hubiesen sido acompañadas, en presencia de la mencionada Comisión Municipal de Cultura.

Cualquier duda que pudiera presentarse en la realización de este certamen será resuelta por el Jurado, el que, para el caso, queda investido de las más amplias atribuciones.

COMISION MUNICIPAL DE CULTURA

Orestes Baroffio, Presidente; *Miguel A. Clavelli,* Vicepresidente; *José Pereira Rodríguez,* Secretario; *Horacio Arredondo, Gonzalo Vázquez Barrière, Juan F. Pazos, César A. Pesce Castro,* Vocales.

ÍNDICE

La presente edición, ordenada por la Comisión Municipal de Cultura de Montevideo, con la autorización correspondiente del Intendente Municipal, Arquitecto Horacio Acosta y Lara, como corolario del Concurso de que instruyen las bases y fallo transcriptos, fué ejecutada en los talleres de la "Impresora Uruguaya" S. A. de Montevideo, en el mes de diciembre de 1941.